

Juan José Morosoli



El Asistente

textos.info
biblioteca digital abierta

El Asistente

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8539

Título: El Asistente

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 15 de marzo de 2025

Fecha de modificación: 15 de marzo de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Asistente

Cuando su mujer murió, el pago se quedó sin partera. En el mismo momento de morir ella, él heredó la profesión.

Alguien se horrorizaba:

—Mire usted que un hombre en eso...

—Pero si es como una mujer el pobre. ¿Usted ha estado en su casa?

Y contaba que Almada se remendaba y lavaba la ropa, cocinaba y zurcía sus trapitos. Que andaba siempre limpio y bien afeitado.

Era verdad. Usaba unos pantalones negros, estrechos y lustrosos y un saco blanco. De pecho angosto y pie chiquito, como de mujer, calzado siempre en zapatillas de cuero puntiagudas y lustradas. Caminando livianito como un peluquero.

* * *

A él dándole golosinas ya lo tenían contento. Lo que menos apreciaba era la plata. Si acaso algún regalo para la casa: floreros, estatuas de santos.

—Por eso Rodríguez se había hecho nombrar con un regalo de estos.

—¿Algún juego de vidrio?

—No. Un busto.

—¿Santo o general tal vez...?

—No. Un busto de los Treinta y Tres Orientales. Parados. Completo. Ni uno más ni uno menos. Y un monte atrás.

Cuando llegaba a las casas, lo recibían con un surtido de especialidades de boliche: anís, pasas de higo, cocoa, café... Era hombre de buena prosa

y de buena atención para la prosa de los demás.

* * *

Su mujer era muy gruesa y se cansaba de todo menos de comer y tomar mate dulce. Almada hacía la tarea de la casa.

—A tu patrona la has puesto de patrón...

—¿Y qué querés? ¿Que yo parteree y ella cocine?

* * *

Así hasta aquel día que ella se quedó muerta tomando mate.

Estaba al lado de la cama donde una infeliz se retorció de dolor en trance de alumbrar.

Cuando Almada entró a buscar el mate, la encontró en el suelo. La pobre se había "quedado" sin moverse del asiento.

—Era asunto medio serio aquello —comentaba—. ¿Usted sabe lo que es tener una muerta de ciento veinte quilos de un lao y una primeriza con un parto seco del otro?

No dijo una palabra. Cerró la puerta y enfrentó el problema. Salió bien todo. La gente decía que si en vez de él hubiera sido otro, aquel día sacan de la pieza tres muertos. O dos.

* * *

En casos así, Almada corría la gente.

—Morir y parir es cuestión del que está en eso... Y lo que no sirve que no estorbe.

Se sentían los ayes y quejidos de la parturienta. A pesar de eso, Almada, encuadrado en la puerta de la pieza, fumaba.

—Cuando tiene que estar, está. Esto tiene su tiempo como una fruta...

No iba a estar allí parado. Era "como pararse delante una olla para apurar la comida".

Si se asombraba alguno, sentenciaba:

—Creasé que el que está adentro tiene más apuro en salir, que usté en entrar a verlo.

La serenidad del hombre se contagiaba. Además convencía su razonamiento:

—Déjeme solo nomás... Las viejas andan tropezando con todo, agarran por derecho y no saben doblar... A los hombres usté les pide una palangana y le traen un jarro. Además se asustan hasta de un ronquido. Y cuidao con un asustao... contagia.

Quejidos iban y venían.

Él esperaba el momento.

—Cuando la cosa esté, está.

* * *

Ahora había una comadre en el pago y él no tenía ganas ni obligación de continuar con aquella profesión. Por eso había cambiado de clientela. Asistía enfermos.

Lo llamaban para medicinarlos y acompañarlos.

Su especialidad eran los viejos.

—Usté esté como si estuviera de visita... No le dé importancia. Y si la cosa se pone fea, ande como si estuviera linda...

* * *

Un instinto certero le anunciaba el final.

Era el momento de sacar la gente.

—Váyanse... Precisa tranquilidad... Déjenme con él nomá...

Era cuestión de correr los llantos ante el difunto. Siempre se acordaba de Lantes sobre el final ya. Los ojos cerrados, tranquilo, hasta que los de la

familia "se pusieron a llorar a gritos como caballos" y el pobre tuvo una agonía espantosa. Él se acercaba al moribundo con una tranquila sonrisa. El otro intentaba levantar la cabeza. Almada le hacía señas, la palma de la mano para abajo, que había que sosegar-se.

Después, de puño cerrado hacía una seña afirmativa. Era un "macanudo", tirado al borde de la laguna negra cuando ya, el otro, sin dolores ni pensamientos, sólo tenía ojos que se prendían de las cosas, tratando de llevarlas hacia adentro, por llevar algo que estuvo en su vida.

Cuando la agonía terminaba, salía él y daba la noticia.

—Bueno... El hombre se fue contento...

Era como la orden para que los parientes entraran a llorar y desmayarse.

A él esto lo fastidiaba.

Entonces tomaba su taza de café, su copita de anís y partía.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables,

forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.